

Paula Arias

El reparto

Mención Séptimo Concurso Literario Gramma

Agrego a la teoría de Oliver Wendell de que hay tres posibilidades—el que uno es, el que cree ser y el que otro cree que uno es— una cuarta: el que uno quisiera ser.

—MIGUEL DE UNAMUNO, *Tres Novelas Ejemplares*

Hacia ya varios años que Calino no veía a su primo Abelardo. Se había empeñado con verdadero ahínco en borrar aquel nombre de su memoria; y que ahora, en medio de la sala del teatro, divisara su rostro recortado en medio de las decenas de postulantes, le producía una mezcla extraña de ansiedad y rechazo; un sudor de hielo y fuego le recorría la espalda.

Abelardo sorteaba una a una las butacas y lo saludaba entusiasmado, aunque con dificultad trataba de llegar hasta él. Tiempo suficiente para que Calino evocase todo lo que aquél le había robado: su primer amor, el puesto de capitán de equipo, esa espontaneidad para ganarse a los otros, tanto...

—¡Uf! Casi no llego, tanto tiempo ha pasado... Realmente te ves muy bien, es una sorpresa encontrarte, creía que habías abandonado la actuación.

—Una observación muy aguda para este encuentro tan entrañable, ¿no lo crees? ¿Qué te trae por acá? Esta obra no es de tu estilo.

—Oh, vamos, tú bien sabes que aunque lo mío es la ciencia, mi corazón siempre estuvo en las tablas.

—No recordaba que tuvieses corazón.

—Siempre el mismo, no has cambiado. Pero ven, están llamando para las pruebas.

Ya se habían repartido todos los roles cuando por fin llegó el turno de atribuir los dos principales: el de Caín y el de Abel. La obra teatral sería sobre una adaptación del cuento «El silencio» de Federico Peltzer, una recreación del relato bíblico. Después de la primera selección, Calino y Abelardo eran los únicos que quedaban como candidatos y

el primero descartaba que el del Caín fuera su papel, pues el director era un hombre inteligente y su primo, dada su naturaleza, no podía encarnar ningún personaje que le exigiese una mínima dosis de pasión.

La noche del estreno fue gloriosa para Abelardo; la crítica a la mañana siguiente no tardó en asegurarlo como candidato firme para el premio de mejor actor dramático que encarna un Caín inusitado, ante el cual hasta la misma historia se habría sorprendido. Claro que ésta no era la opinión de Calino, a quien la sangre le había invadido a chorros el corazón hasta ahogarlo y hasta sentir que en su lugar se levantaban paredes de hielo eterno como las murallas de la ciudad de Dite.

Catorce funciones se habían acumulado sobre esa desolación y todas finalizaban con aclamaciones de pie por parte del público a favor de Abelardo. Pero en la decimoquinta representación la historia fue otra. En la escena en que Calino encarnaba a Abel y se mostraba feliz porque Dios y sus padres le habían demostrado su predilección ante su ofrenda, justo cuando Abelardo, que interpretaba al primer verdugo, se abalanzaba empuñando el hacha de utilería contra Calino, fue sorprendido por éste que lo atacaba con otra arma de brillante y filoso metal. Ambos hombres luchaban verdaderamente en el escenario y Calino, acertándole un golpe de muerte, terminó venciendo a Abelardo.

«Era mi papel... nadie puede hacer lo que sólo uno debe hacer», repetía y escribía una y otra vez Calino, en las mohosas paredes de su celda.